

R E S E Ñ A S

¿EL SIGLO DE HOBSBAWM? SOBRE AGE OF EXTREMES. THE SHORT TWENTIETH CENTURY, 1914-1991

Abacus, 627 pp., 1995.

Este ensayo analiza el libro *Age of Extremes*, de Eric Hobsbawm, situándolo en el contexto de la producción historiográfica y los compromisos políticos e intelectuales del autor inglés.

La obra de Eric John Hobsbawm ha tenido una influencia muy notoria entre los historiadores y los científicos sociales del mundo anglosajón; existe allí una "generación Hobsbawm", compuesta por aquellos historiadores que fueron introducidos al estudio del pasado en los largos años sesenta. En América Latina, los trabajos de Hobsbawm también han dejado una marca persistente, visible desde el final de esa década. Las razones sin duda están a la mano. Desde fines de los años cincuenta, Hobsbawm publicó un conjunto sorprendentemente vasto de ensayos y trabajos que ganaron la atención del mundo intelectual de izquierda a ambos lados del Atlántico. *Primitive Rebels*, aparecido por primera vez en 1959, llamó la atención sobre las formas de protesta

y rebelión del mundo campesino o preindustrial en contextos sociales de transición al capitalismo. Fue quizá este trabajo, ampliado y traducido al castellano en 1968, aquel que lo hizo conocido - y discutido - en Latinoamérica, dada la relevancia de las rebeliones "arcaicas" en el clima político y las discusiones intelectuales de esos años en la región. Hobsbawm continuó la exploración de este tipo de protesta social en *Bandits* (1969).¹

A estos trabajos de Hobsbawm sobre el mundo campesino o preindustrial los antecedió otra preocupación, más clásica, por la historia del trabajo. Esta se inició con una serie de publicaciones surgidas en la posguerra del ya mítico Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico y una tesis doctoral sobre el fabianismo inglés.² En los sesenta, esta línea de investigación dio lugar a la compilación de artículos titulada *Labouring Men* (1964) y a *Captain Swing* (escrito en colaboración con

1 Hobsbawm dedicó una atención más específica al campesinado latinoamericano en una serie de artículos, varios de ellos estimulados por sus viajes a América del Sur en los años sesenta, "Problèmes agraires á la Convención", Les problèmes agraires des Amériques Latines, Paris: CNRS, 1967, pp. 365-393; "A Case of Neo-Feudalism: La Convención, Perú", Journal of Latin American Studies, vol. I, 1969, pp. 31-50; "Peasant Land Occupations", Past and Present, nro. 62, 1974, pp. 120-152; "Peasant Movements in Colombia", International Journal of Economic and Social History, vol. VIII, 1976, pp. 166-186; y "Peasant and Rural Migrants in Politics", en Claudio Veliz (compilador), The Politics of Conformity in Latin America. Oxford, Oxford University Press; 1967, pp. 43-65. Una crítica del enfoque de Hobsbawm sobre el campesinado, en Philip Corrigan, "On the Politics of Production: A Comment on 'Peasants and Politics' by Eric Hobsbawm", Journal of Peasant Studies, 2 (3), pp. 341-49. La discusión del bandidismo en la gran summa de la Revolución Mexicana de Alan Knight (The Mexican Revolution. Volume 1. Porfirians, Liberáis and Peasants, Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp. 122-26); y The Varieties of Latin American Banditry (editado por Richard W. Slatta, New York y Londres: Greenwood, 1987, Pp. viii, 218) muestra la persistente vigencia del pequeño libro escrito por Hobsbawm en 1969.

2 El Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña funcionó entre 1946 y 1956. Entre esos años, reunió a un brillante grupo de historiadores afiliados a dicha agrupación: Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Mili, George Rudé, Victor Kiernan, John Saville, el propio Hobsbawm, y, en menor medida, Edward Thompson. Entre el esfuerzo editorial del Grupo se cuenta la colección de documentos Labour's Turning Point, 1880-1900, editada y prologada por Hobsbawm. La invasión soviética de Hungría en 1956, y los conflictos dentro del comunismo británico que ella desató, virtualmente le pusieron fin al Grupo así como a la pertenencia de muchos de sus integrantes al comunismo británico. Hobsbawm, sin embargo, permaneció dentro del PCGB. Consúltase Harvey Kaye, The British Marxist Historians, Cambridge y Oxford: Polity Press, 1984, pp. 10-18.

George Rudé y aparecido en 1969). Ambos agregaron capítulos notables a la historia del movimiento obrero y del mundo del trabajo urbano y rural inglés; en algunos medios intelectuales, como el argentino, estos trabajos -en especial *Labouring Men*- contribuyeron a abrir un campo problemático que facilitó más tarde el ingreso de la obra de Thompson como principal orientadora de los estudios sobre las clases subalternas.³ En esos mismos años, *Industry and Empire* (1968) hizo una contribución mayor a la historia socioeconómica del surgimiento y expansión del capitalismo británico; como visión de conjunto, esta síntesis todavía hoy resulta difícilmente superable. Tiempo antes, en 1954, el célebre ensayo de Hobsbawm sobre la crisis general del siglo xvn ya lo había incorporado a la gran discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo.

Más recientemente, en los años ochenta, Hobsbawm ha vuelto a hacerse notar por sus contribuciones sobre la "invención de las tradiciones" y sobre las naciones, el nacionalismo y la tradición revolucionaria francesa. Así, pues, a su renombre surgido en el campo de la historia del trabajo y las clases subalternas Hobsbawm sumó posteriormente, con *The Invention of Tradition* (editado junto con Terence Ranger en 1983), *Nations and Nationalism Since 1780* (1990) y *Echoes of the Marseillaise* (1990) amplio reconocimiento como estudioso de los fenómenos culturales. Este campo, sin embargo, nunca le había sido ajeno; en él ya había incursionado desde los cincuenta como crítico e historiador de la cultura y la música popular. Con el seudónimo de Francis Newton, en esos años escribió una serie de ensayos sobre jazz - pero también sobre temas que van de la rumba a Bob Dylan -, aparecidos en *New Statesman*, así como su libro *The jazz Scene* (1959). Hobsbawm es también, por cierto, un historiador del marxismo y un conocedor de la obra de Marx, editor de la *Storia del Marxismo* y prologuista, en 1964, de las *Pre-Capitalist Economic Formations*.⁴

Prodigiosamente amplia, escrita con maestría e impecable erudición, la obra de Hobsbawm sin embargo no encuentra su núcleo en este vasto conjunto de trabajos. En cambio, es en sus volúmenes dedicados a la historia general del siglo XIX donde radica tanto su proyecto más ambicioso como sus mayores logros. Y tanto es así, que resulta difícil precisar hasta qué punto nuestra comprensión de la historia europea y mundial de la etapa que va de 1789 a 1914 ha sido moldeada por la formidable trilogía que el comunista inglés publicó a lo largo de un cuarto de siglo. Sus tres volúmenes forman el corazón de lo que Perry Anderson ha calificado como "la más poderosa historia de la modernidad que actualmente poseemos".⁵ *The Age of Revolution* (1962) interpretó los años que van de 1789 a 1848 como una etapa de revolución social y cambio político, cuyo tema dominante fue la emergencia y el ascenso de la burguesía y los avances del capitalismo como nuevo sistema económico y social. Trece años más tarde Hobsbawm dio a conocer *The Age of Capital*, que analizaba el desarrollo de esas tendencias en las décadas centrales del siglo, a las que veía signadas por el triunfo de la burguesía en las principales naciones de Europa. Finalmente, en 1987 apareció *The Age of Empire*, focalizado en la expansión económica y política de las metrópolis capitalistas lanzadas a la conquista del globo.

En su conjunto, la obra de Hobsbawm, en especial su visión del "largo" siglo XIX, representa una de las cimas de la escritura histórica de la posguerra. En una época de creciente parcialización del saber, no resulta sencillo encontrar una obra que combine economía, política, sociedad y cultura con la destreza y seguridad que es habitual en los escritos de Eric Hobsbawm. Menos aún, que al mismo tiempo sea capaz de articular un relato cuyos poderes explicativos sean parangonables a la historia decimonónica narrada por este autor. Siempre atento a la especificidad de cada sociedad, al mismo tiempo que a la totalidad del proceso en cuestión, el relato hobs-

3 Un análisis de la recepción de la obra de Hobsbawm en Argentina puede verse en Hilda Sabato, "Hobsbawm y nuestro pasado", en *Punto de Vista*, nro. 48, 1993, p. 13-17.

4 Una exhaustiva bibliografía de la obra de Hobsbawm hasta comienzos de los años ochenta puede consultarse en Keith McClelland, "Bibliography of the Writings of Eric Hobsbawm", en Samuel, Raphael y Jones, Gareth Stedman (compiladores), *Culture, Ideology and Politics. Essays for Eric Hobsbawm*. London: History Workshop Series, 1983. Sobre la producción posterior de Hobsbawm, además de los trabajos ya mencionados, conviene señalar la compilación de ensayos políticos titulada *Politics for a Rational Left* (1989).

5 Perry Anderson. "Darkness Falls", *Guardian*, 8/11/1994.

bawmniano del siglo XIX tiene un tema central y un eje articulador: la historia del capitalismo y de su formidable capacidad de transformar sociedades, de los conflictos y los cambios que su despliegue ha generado. Podría decirse, incluso, que todo el trabajo de Hobsbawm - que recorre el arco que va del siglo XVII al XX - tiene por telón de fondo el problema de los orígenes, desarrollo y expansión del capitalismo como un proceso de cambio social que impacta todos los registros de la vida social.

Para Hobsbawm, el largo siglo XIX asistió al surgimiento y la expansión en Europa de una civilización basada en la economía capitalista, y en un orden legal y constitucional liberal sobre el que se asentaba un sistema internacional de Estados. La burguesía fue su clase típicamente hegemónica; el avance de la ciencia y el conocimiento, del progreso material y moral, su bandera y su objetivo. Por todo ello, el siglo XIX no sólo admite la posibilidad de una historia mundial; para Hobsbawm, el vigor de sus tendencias universalizadoras también la impone como perspectiva general.

Hacia fines del siglo XIX, estas fuerzas arrolladoras se hallaban en camino de desplegarse plenamente. En el tono que signa a *The Age of Empire* se advierte la admiración de Hobsbawm por los logros del mundo decimonónico, capaz de una acumulación formidable de riqueza y saber, de poder y sofisticación técnica. Y esa celebración de la dinámica renovadora de las sociedades construidas por la burguesía, acelerada en las décadas finales del siglo largo, puede ser aún más plena para Hobsbawm, pues entonces ella parecía ofrecerse como el suelo de un futuro distinto y mejor. Al igual que los jóvenes autores del *Manifiesto Comunista*, Hobsbawm traza una imagen del siglo XIX que se encuentra pautada por tendencias secularizadoras, igualitarias y progresistas de muy largo alcance, que se hunden en el pasado pero que fundamentalmente apuntan al futuro. En su momento, fueron ellas las que dieron lugar a los complejos político-culturales y los grandes movimientos obreros constituidos en la época de la Segunda Internacional, con sus solidaridades clasistas y sus aspiraciones anticapitalistas.

Son precisamente esas promesas de avance en el sentido de un socialismo que, como hijo pleno de la Ilustración, parecía encaminado a recoger la herencia del mundo decimonónico - promesas con las que Hobsbawm una y otra vez se identifica - las que el siglo XX parece haber frustrado de modo radical. Pero al cerrarse el siglo Hobsbawm no sólo advierte que nuestra época ha terminado por cuestionar severamente la posibilidad de orientar con firmeza las sociedades humanas por el camino de la igualdad, sino que también ha hecho naufragar mucho de lo que ve valioso en el mundo burgués del siglo XIX. Por todo ello, la historia del siglo XX para Hobsbawm no puede ser sino el relato de la caída brutal de una civilización. Para nuestro autor, la historia de esta *Age of Extremes* es la historia de una época - la que va de la Primera Guerra Mundial al derrumbe del sistema soviético - que ha llevado a su mayor esplendor el potencial material y cultural de progreso social preparado a lo largo de más de un siglo, que por muchas razones merece ser calificado de excepcional, y finalmente lo ha desbaratado.⁶

Y es que para Hobsbawm no es sólo la desaforada victoria del capital a escala mundial - hoy avanzando sin obstáculos sobre Moscú y Pekín - la que signa este fin de siglo, ni la declinación de los grandes partidos de base y discurso clasistas que fueron los principales mecanismos para transformar hombres y mujeres en ciudadanos o actores políticamente activos en el mundo occidental, ni la defunción de las vanguardias estéticas, o la regresión a una barbarie guerrera que a principios de siglo parecía superada o inimaginable, las que dan la medida de esta tragedia. Es la combinación y la suma de todos estos elementos los que indican la verdadera dimensión de esta caída y esta traición.

Por muchas de estas razones, los motivos del pesimismo de Hobsbawm son comprensibles. No sólo porque el marxista inglés fue testigo de una época que se inició con promesas de progreso y culmina ingresando al siglo XIX a golpes de mercado. Quizá más que ello, porque Hobsbawm fue y sigue siendo un actor de los dramas de este "corto siglo veinte" que termina con el opacamiento de los

⁶ El punto ha sido destacado con agudeza por Tony Judt, "Downhill All the Way". *New York Review of Books*, 25/5/1995, pp. 20-25.

ideales a los que consagró su vida de intelectual comunista. Ello se advierte en el hecho de que escribir la historia del siglo XX es para Hobsbawm un proyecto vinculado a su propia biografía (el siglo corto, por otra parte, coincide prácticamente con la vida de este intelectual nacido tres años después de que el Archiduque Francisco Fernando muriese asesinado en Sarajevo). Contar su historia es, para Hobsbawm, un ejercicio de trabajo -de expansión, de corrección- sobre la propia memoria histórica. En distintas ocasiones, el mismo Hobsbawm se hace presente en el relato, en instantáneas que muchas veces se vinculan con su vida de militante comunista. Así lo vemos, en una tarde de invierno de 1930, como un alumno de escuela secundaria que en su camino a casa en Berlín es sorprendido por los periódicos que anuncian la llegada de Adolf Hitler a la Cancillería alemana. Más tarde aparece, ya como miembro del Partido Comunista, defendiendo la República en la guerra civil española. Lo hallamos en los cincuenta en Moscú, descubriendo con sorpresa que el todopoderoso Stalin se revela, una vez embalsamado, un hombre extremadamente pequeño (menos de 1,6 m). Hobsbawm también se retrata a sí mismo formando parte de las multitudes seducidas por los interminables discursos de Fidel Castro. Aparece, asimismo, junto al lecho de muerte de Oskar Lange, inquieto por la pregunta sobre si hubiese sido posible otro modelo de industrialización en la Unión Soviética, menos brutal, menos indiscriminado, menos costoso en términos de esfuerzos y vidas humanas.

Age of Extremes está dividido en tres partes. Cada una de ellas tiene un tema dominante, y sobre ese fondo se articulan los detalles de un cuadro general que evidencia una admirable amplitud de conocimientos. En la primera parte, llamada la Era de la Catástrofe (*Age of Catastrophe*), Hobsbawm analiza un período de guerras, crisis y revoluciones en el que ve derrumbarse el mundo del siglo XIX. Esas tres décadas de inestabilidad se inician con la Primera Guerra Mundial, cuyo origen relaciona con la competencia interimperialista. Pero antes que investigar en qué medida la etapa previa prepara ese desenlace, Hobsbawm prefiere subrayar cómo los cambios que la guerra desata implican un punto de no retorno respecto de las formas de sociabilidad desarrolladas en el siglo que

entonces ve cerrarse. De este modo, Hobsbawm les quita relevancia a aquellos desarrollos que, como en el caso del nacionalismo, en especial el de las clases subalternas, ofrecen una imagen alternativa de la herencia que el siglo moribundo dejaba al nuevo.

En todo caso, tras cuatro o cinco años de una a carnicería sin igual, el mundo no iba a ser el de antes, La guerra debilitó a todos los regímenes políticos, y los imperios continentales se hundieron como consecuencia del esfuerzo que reclamaron de sus súbditos, o como resultado de la derrota. En el más débil de ellos, el zarista, fue donde la ola de descontento social logró ser transformada por Lenin y sus bolcheviques en un régimen alternativo; en el resto, en cambio, todos los intentos similares fracasaron. Esta situación, nos dice Hobsbawm, signó la historia futura del socialismo en Rusia y en el mundo. Los bolcheviques debieron entonces enfrentar los dilemas de una revolución anticapitalista que reinaba sobre una sociedad diezmada por la guerra, profundamente atrasada y básicamente campesina, y que al mismo tiempo debía competir en un contexto internacional extremadamente hostil. Fueron estos dilemas los que prontamente hicieron que el comunismo soviético tomase la forma de un programa autoritario para modernizar sociedades atrasadas.

Mientras tanto, en el Oeste el arreglo de Versalles excluyó a Alemania de todo papel en el sistema de poder internacional, y la responsabilizó de los desastres de la guerra. La Depresión, en parte ligada a las consecuencias del tratado de paz, fue el siguiente golpe asestado sobre unas sociedades que no se habían recuperado de los traumas de la Gran Guerra. La Depresión no sólo quebró a todas las grandes economías capitalistas y al sistema mundial que las ligaba; también puso en cuestión la supervivencia de la democracia liberal. En aquellos países en los que la depresión se combinó con la crisis de las antiguas clases dominantes y el ascenso de la izquierda organizada, la salida más habitual fue el fascismo.

El fascismo resultó entonces una respuesta a los desafíos de una sociedad en profunda crisis económica y social, al mismo tiempo que amenazada por un movimiento obrero de izquierda poderoso aunque incapaz de hacerse con el poder (como se advierte, Japón y España, entre otros, no ingresan dentro de la categoría, y Hobsbawm prefiere describirlos como regímenes autoritarios). Afirman-

douna interpretación ya clásica, Hobsbawm sostiene que el fascismo encontró su núcleo en la movilización de los sectores medios; si bien destaca su pertenencia a la era de la política de masas, prefiere en cambio exculpar a los sectores populares de toda identificación estricta con el fenómeno en cuestión.

Tras consolidarse internamente y restablecerse de los efectos más dramáticos de la Depresión, los regímenes fascistas y su coro de aliados se lanzaron a una política expansionista que iba a culminar en la Segunda Guerra. Este gran enfrentamiento es visto por Hobsbawm como un momento decisivo en la historia del siglo XX; en él se jugó la suerte de los regímenes que prefiere calificar como hijos de la Ilustración, en abierta batalla contra las fuerzas del fascismo. Por ello, Hobsbawm opta por describir el conflicto como una gran guerra civil a escala internacional, asordinando los componentes nacionales de la resistencia antifascista y de la alianza que finalmente iba a vencer a las fuerzas del Eje.

Paradójicamente, la economía soviética, lanzada pocos lustros antes al proceso de industrialización planificada, iba a ser la clave de la derrota de Hitler, y con ella, del reverdecimiento de las democracias liberales occidentales. Pues no sólo el Ejército Rojo, tras detener a las fuerzas alemanas, avanzó de triunfo en triunfo desde Stalingrado hasta Berlín. La experiencia de la economía planificada que estaba sosteniendo materialmente ese avance ofreció inspiración para la planificación indicativa que se colocó en la base de los acuerdos sociales forjados en todo Occidente en la inmediata posguerra. Asimismo, el temor a un avance comunista en una situación de depresión similar a la que sucedió a la Primera Guerra, proveyó incentivos para que el capitalismo se reformara sobre estas líneas.

De este modo, las grandes reformas de las sociedades capitalistas en la posguerra deben mucho a las características de la competencia entre sistemas sociales rivales de la posguerra. Este es un punto especialmente debatible, ya que otros insumos -de la economía keynesiana a las experiencias fascistas- podrían argumentarse convincentemente

como estímulos poderosos para tales cambios. Pero quizá con su argumento Hobsbawm encuentra, postumamente, un sentido insospechado a la experiencia soviética. En todo caso, un capitalismo muy cambiado y con una enorme capacidad expansiva dio entonces lugar a la *Golden Age* del siglo, que comprende las décadas que van de la finalización de la guerra mundial a la crisis de comienzos de los años setenta. Impulsados por la pujante economía norteamericana, esos años dorados asistieron a transformaciones espectaculares tanto en los países centrales como en la periferia del mundo capitalista. En el centro, las economías desarrolladas ingresaron desde comienzos de los años cincuenta en una etapa de abundancia y prosperidad nunca antes imaginada, en la que el Estado de bienestar apuntalaba al mismo tiempo el proceso de acumulación y la distribución de sus frutos. Las consecuencias sociales y culturales de esa transformación son decisivas para Hobsbawm, pues a la larga iban a minar las bases sobre las que se asentaba la cohesión política de las clases subalternas, debilitando por tanto aquel factor que en el pasado había sido el principal factor de cambio social en Occidente.

En esos años, la declinación de las viejas potencias imperialistas en la periferia apuró el proceso de descolonización, también fomentado por la Unión Soviética y los Estados Unidos, que anhelaban sumar nuevos reclutas a sus áreas de influencia. Un nuevo sistema de Estados nominalmente soberanos surgió en Asia y África. Muchos de ellos buscaron inspiración en las recetas moscovitas de industrialización y desarrollo, que eran, según Hobsbawm, el principal atractivo que el sistema socialista podía ofrecer entonces a lo que comenzaba a llamarse el Tercer Mundo. Gracias a ellas, o a otras provistas por las economías capitalistas, estas décadas también allí fueron de sostenido cambio. En sociedades hasta entonces agrarias, una transformación cualitativa de la economía puso fin al destino campesino o agrícola que habían mantenido por varios miles de años, incluso después de los avances en la mercantilización de la producción agrícola, la fuerza de trabajo o la tierra experimentados en la previa era de expansión imperial⁷

7 Algunas críticas a este argumento pueden verse en Goran Therborn "The Autobiography of the Twentieth Century", en *New Left Review*, nro. 214, Nov./Dec.1995, pp. 81-90. También consúltese en el mismo número los artículos de Michael Mann, "As the Twentieth Century Ages", pp. 104-124, y Tom Nairn, "Breakwaters of 2000: From Ethnic to Civic Nationalism", pp. 91-103.

La Guerra Fría que ensombreció la posguerra se disputó en este terreno recientemente sumado al mundo de los Estados soberanos. En Europa, en cambio, Hobsbawm advierte un acuerdo tácito que respetaba las líneas trazadas al finalizar la Segunda Guerra Mundial entre las fuerzas de la Unión Soviética y sus satélites y la alianza liderada por Estados Unidos. Según Hobsbawm, a pesar de la retórica de los contendientes -en especial la apocalíptica que dominó al Estado norteamericano-, los dos aceptaron prontamente que el poder nuclear sólo admitía la coexistencia relativamente pacífica de los sistemas rivales.

Esta situación, aunque recalentada por los conflictos de los años setenta - en Centroamérica, en Afganistán -, no iba a ser modificada sino por la inesperada catástrofe del sistema soviético. La caída de la Unión Soviética fue un resultado de las dilemas que enfrentaron los reformistas soviéticos cuando se decidieron a iniciar una política de cambio para superar el estancamiento de las economías planificadas, que a fines de los años sesenta ya se había vuelto evidente. Pues la política de *glasnost* puesta en marcha por Gorbachov minó la autoridad de la burocracia del Estado/partido, el único actor que, a falta de una verdadera sociedad civil, tenía capacidad para encabezar y conducir la *perestroika* que debía vigorizar la vida soviética. El resultado fue la destrucción de los viejos mecanismos que hacían funcionar a la economía y la sociedad, sin que hubiese alternativa alguna para reemplazarlos.

Cuando el Estado soviético entró en crisis, toda su sistema de Estados aliados se quebró sin resistencia. Salvo en Polonia, donde desde comienzos de los años ochenta había surgido una oposición obrera y católica al régimen, en el resto del *hinterland* soviético los regímenes comunistas se desarmaron sin que enfrentasen desafío organizado alguno. La lección que saca Hobsbawm de los sucesos del Este no ofrece el optimismo de quienes vieron allí un triunfo de la libertad sobre el despotismo, mucho menos de quienes consideraron esa ocasión como una oportunidad para reunir al socialismo con la democracia. La disolución de esos regímenes, que se desfundaron sin fuerte oposición interna, refuerza su idea sobre el carácter limitado de los cambios que sufrieron las sociedades sobre las que reinó la burocracia socialista, así como para argumentar la

debilidad de la implantación de las ideologías oficiales.

El fin de un conjunto de Estados nominalmente socialistas cierra el gran conflicto que, salvo en los años de la amenaza fascista, estuvo en el centro de la historia política del siglo. Vistas en perspectiva, las circunstancias que dieron lugar al surgimiento del fascismo - la serie de calamidades de la Era de la Catástrofe, en especial la Gran Guerra y la Depresión Mundial - fueron para Hobsbawm las mismas que hicieron que un sistema social nacido en una periferia atrasada del mundo pudiese aparecer como una alternativa sustancial a ese orden, pues le dieron una proyección desproporcionada al poder soviético. Cuando entre los Estados socialistas hoy sólo cuenta la China comunista que, bajo Deng, decidió abrirse a las fuerzas de una expansión capitalista firmemente controlada por un Estado nada dispuesto a tolerar disidencias (en términos de *Age of Extremes*, una especie de *perestroika* sin *glasnost*), todo parece indicar que es la dinámica interna de las sociedades occidentales la que signará la suerte de las décadas por venir.

Y es en estas sociedades que han vivido con el *boom* de la posguerra la etapa de prosperidad más formidable de toda su historia, donde las dos últimas décadas -lo que Hobsbawm llama *The Landslide*- han dado signos que no alientan su optimismo. Desde 1973 la economía mundial no ha conocido crisis como la del 30, pero parece claro que los mecanismos que la habían hecho crecer han dejado de funcionar acertadamente. Los Estados nacionales, por su parte, se debilitan, o se vuelven más vulnerables a las presiones del capital, en especial del financiero. Hoy día, el desempleo y la mendicidad forman parte del paisaje urbano en cualquier ciudad del mundo desarrollado. Quizá más importante, mientras duró, el sorprendente éxito de los años dorados minó las bases de las solidaridades clasistas que habían actuado hasta ese momento como el principal estímulo para el cambio social: la vieja clase obrera viene perdiendo peso entre los sectores subalternos, las instituciones y tradiciones sobre las que se asentaba su poder se han opacado, minadas por la prosperidad y las tendencias privatizadoras de las sociedades de consumo. En este punto, Hobsbawm es extremadamente escéptico respecto del potencial de las nuevas fuerzas surgidas

de ese ocaso -en especial, del estudiantado y el feminismo- y muy crítico de todas las formas de contestación social nacidas desde los años sesenta.

Este pesimismo se sustenta fuertemente en dos afirmaciones cruciales. Por una parte, que la caída de la Unión Soviética debe evaluarse en términos negativos, das especialmente teniendo en cuenta que Hobsbawm hace un esfuerzo por señalar que ella se produce después de finalizada la Segunda Guerra Fría (un suceso que ve, por otra parte, como una iniciativa unilateral de Gorbachov). Por otra parte, que la dinámica del capitalismo ha adquirido una forma más destructiva y excluyente que en el pasado, y -quizá peor- incontrolable. Es esta dinámica la que es capaz de infligir severos e irreparables daños en la sociedad, en el medio ambiente.

Por cierto, el colapso repentino de la Unión Soviética y la ausencia de alternativas consistentes a un orden capitalista fuera de control parecen sostener la idea de que una etapa se ha cerrado en la historia del mundo. Con ello resulta posible volcarse hacia los enfrentamientos y los conflictos de un pasado que hasta hace poco era parte del presente, con la sensación de que pertenecen a una época que ya no es totalmente la nuestra. Es esta distancia que no se mide sólo en años la que ahora permite reabrir la pregunta sobre la verdadera clave de nuestra época, y Hobsbawm por momentos ofrece una respuesta desconsoladora, que reconoce en los enfrentamientos sociopolíticos que hicieron vibrar al siglo algo similar a las guerras religiosas medievales. Si es que el conflicto entre sistemas ideológicos rivales no fue más que un conjunto de batallas navales en un vaso de agua, la historia sustancial de nuestra era se ubica en un movimiento de larga duración en el que Hobsbawm destaca el triunfo del mundo industrial sobre la agricultura primitiva y el mundo campesino, la explosión demográfica del Tercer Mundo, los cambios en la estructura familiar, entre los sexos y las generaciones.

¿Es esta una victoria inesperada de un modo de considerar la historia en un tiempo identificado con la Escuela de Annales? Por muy decisivas que resulten, estas transformaciones -producidas en lo que Goran Therborn, al comentar *Age of Extremes*, ha llamado el nivel de la "geología social"⁸-, no

ocupan el centro de la atención de Hobsbawm. Más bien hacen las veces de telón de fondo y de producto de un proceso histórico ritmado por la combinación de movimientos estructurales y acciones colectivas. Y es desde este punto de vista que, al revisar la marcha del siglo, a Hobsbawm le resulta difícil hallar en las últimas décadas aquellas perspectivas esperanzadoras que algunos de sus críticos y comentaristas encuentran más fácilmente. Como resulta esperable, entre éstos se cuentan quienes prefieren otorgar menor relevancia a las características de los procesos de acumulación y a las dimensiones clasistas, que siguen siendo tan centrales para Hobsbawm. Edward Said se halla entre los que han llevado adelante una crítica de este tipo, valorando de muy otro modo los cambios en las actitudes populares desde los años sesenta, enfatizando la autonomía de los procesos sociales en el Tercer Mundo respecto de las fuerzas sociopolíticas de los países centrales, señalando el carácter eminentemente discursivo de las identidades constituidas a lo largo de esta historia.⁹ Por momentos, la evaluación de uno y otro no puede ser más opuesta. Así, por ejemplo, donde Hobsbawm ve que la "revolución cultural" de la segunda posguerra remata en el triunfo del individuo sobre la sociedad, el autor de *Culture and Imperialism* advierte en cambio que, al despertar toda una serie de cambios en la subjetividad, ella ofrece una renovada fuente de recursos para el cambio social.

En alguna medida, la diferencia entre conclusiones como las de Hobsbawm y Said radica en las distintas evaluaciones que cada uno de ellos hace de los núcleos duros que remiten al marxismo clásico. En otro sentido, las críticas de Said indican que las trayectorias y los compromisos políticos e intelectuales de uno y otro inciden fuertemente en sus consideraciones sobre el momento actual. Por cierto, esta última línea de reflexión nos alerta sobre cómo la mirada de este comunista de toda la vida se identifica con la suerte del proyecto político-institucional que, con la crisis del sistema de Estados

8 Goran Therborn, "The Autobiography of the Twentieth Century", p. 84.

9 Edward Said. Contra Mundum, *London Review of Books*, 9/5/1995, pp. 22-23.

que lo sostuvo, hoy aparece totalmente fenecido, y sobre cómo ello no puede dejar de pesar en su visión del presente y el futuro.¹⁰

Con este pesimismo en mente es posible argumentar que el contraste entre la era dorada y el derrumbe que la sucede aparece sobreentendido en *Age of Extremes*. Y ello no sólo porque Hobsbawm tiende a ofrecer una visión optimista del período 1945-1973. Aun aceptando que el riesgo de un conflicto nuclear no debe exagerarse, esos años vieron guerras como las de Corea y Vietnam, que no tienen parangón con los enfrentamientos más limitados de los años recientes; el retroceso de la economía agraria y el campesinado en el Tercer Mundo no es distintivo de ese período, y se continúa y quizás acelera más tarde. Al mismo tiempo, Hobsbawm presta escasa atención a aquellos aspectos que en los años recientes no se inscriben en la tendencia declinante que afecta a muchas partes del globo, entre los que destaca el formidable desarrollo del Lejano Oriente. ¿O es que el despegue de las economías del sudeste asiático y el incremento sustancial en los estándares de vida que de él resulta -en China y los "Tigres Asiáticos"- no ofrecen un panorama que contrasta con la declinación del sistema soviético, África o América Latina? Es aquí - y en menor medida en la consideración de los Estados Unidos - donde se encuentra el único punto en el que esta historia del siglo queda corta respecto del fin del eurocentrismo que Hobsbawm anuncia como una marca distintiva del siglo. Con relación a otras áreas, como el Oriente Medio, la India, América Latina o África, y más allá de las esperables críticas del especialista de cada una de estas regiones, ese objetivo se cumple admirablemente.

Al contrastarla con comentarios como el de Said, también se advierte que esa diferencia en las miradas tiene otro origen. Resulta asimismo de las dificultades de Hobsbawm para pensar todo aquello que no parece encuadrarse dentro de la perspectiva que ofrece la veta racional y progresista que según él recorre la historia occidental, marcando en especial a su clase obrera. En este como en otros

textos, Hobsbawm se muestra reacio a entender resultados no previstos dentro de ese patrón de comportamiento, que nuestro siglo ofrece en cantidades abundantes. El impacto de ideologías no específicamente clasistas en las clases populares, en especial del nacionalismo, es uno de ellos. A lo largo de *Age of Extremes* -al tratar los orígenes de la Primera Guerra Mundial, el ascenso del fascismo o la movilización desatada por la Segunda Guerra Mundial-, Hobsbawm lidia no sin dificultad con el punto. Ello se traduce en limitaciones para interpretar el siglo XIX y más fundamentalmente su complejo legado al siglo XX. El resultado es que, al comparar las dos épocas, Hobsbawm tiende a exagerar el contraste entre uno y otro momento. Pero de este modo se debilita su explicación de los motivos que revirtieron las fuerzas que, aunque parecían mover unidireccionalmente al siglo XIX, se opacaron brusca e inesperadamente en el XX.

Se advierte aquí uno de los aspectos más discutibles de *Age of Extremes*, así como también uno de los mayores límites del enfoque de Hobsbawm. Estos límites, sin embargo, merecen ser situados. Vale la pena advertir que, más allá de sus dificultades para dar cuenta de ciertos procesos que desafían su visión secular y progresista, la preferencia de Hobsbawm por formas de pensar la historia hoy vistas como poco novedosas debiera evaluarse con atención. Por una parte, es claro que la riqueza de la reflexión de Hobsbawm no es sólo producto de su marxismo, que sigue bajo la marca de perspectivas teóricas tenidas hace tiempo por poco innovadoras incluso dentro de la tradición intelectual de izquierda;¹¹ lo es también de su siempre imaginativa y amplia curiosidad histórica, de su destreza para la generalización, de su agudeza para destacar el detalle sugestivo. Todas estas capacidades muy bien pueden desarrollarse en el marco de otras tradiciones de investigación. Pero, en todo caso, resulta destacable que haya sido en el marco de un pensamiento matizado por perspectivas que señalan la globalidad y unidad de lo social, y las dimensiones estructurales y fuertemente determinadas de los procesos históricos, que Hobsbawm haya logra-

10 El propio Hobsbawm recordaba hace poco que "gran parte de mi vida, probablemente la mayor parte de mi vida adulta, estuvo dedicada a una causa que ha fracasado completamente". Allí mismo señalaba cómo ello contribuyó a definir su visión de la estructura tripartita del siglo que aquí consideramos. Consúltese *The Present as History: Writing the History of One's Own Times*. *The Creighton Lecture*, University of London Press, 1993, p. 18.

do producir la mejor síntesis de nuestro siglo de que por ahora disponemos. Y si es que la problemática de una historia mundial todavía conserva su legitimidad y su vigencia, poco parece indicar que el rechazo de perspectivas como la de Hobsbawm resulte capaz de ofrecer, a cambio, una propuesta alternativa para interpretar los problemas generales de nuestro siglo XX. El impacto de la restructuración capitalista en curso, tanto en las metrópolis como en las periferias, por ejemplo, parece indicar la justeza de aquellas afirmaciones que destacan la unidad de este proceso, así como su centralidad para moldear los destinos colectivos. Más en general, es difícil pensar en otros principios capaces de articular una narrativa cuyo alcance explicativo resulte igualmente amplio y convincente. Aun cuando se discrepe de la visión pesimista que *Age of Extremes* hace suya, Hobsbawm parece no haber errado al afirmar que el siglo XX, a su modo, tam-

bién está pautado por la expansión de la sociedad capitalista, y por las transformaciones y conflictos que su avance ha generado. En todo caso, y más allá de las limitaciones del magnífico *Age of Extremes*, una cosa es segura: Hobsbawm ha colocado la discusión sobre el sentido de nuestra época en una posición bien elevada. Es de esperar que quienes se internen en su espesura lo hagan con la inquietud y la amplitud de miras que signa la trayectoria de este historiador que sigue haciendo del pasado un instrumento de comprensión del presente. O

Roy Hora, profesor de historia, Universidad Nacional de Buenos Aires. Candidato Doctoral en el St. Antonys College, University of Oxford (St. Antonys College, Oxford, OX2 6JF, U.K.
Fax: 044-01865-54465.

Email: roy.hora@st-antonys.oxford.ac.uk)

1 Véase, por ejemplo, el prefacio de Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones al ya mencionado *Culture, Ideology and Politics*, p. X.